

# Estadio lleno

Daniel Baldi

loqueleg

# **Primera parte**

El descubrimiento

Adolfo Cuevas fue un buen jugador de fútbol. Hizo las inferiores en el Club Atlético Bella Vista. Luego pasó a Rentistas, donde llegó a convertirse en capitán de la tercera, jugando un partido en el Estadio Centenario como preliminar de primera.

11

Al año siguiente de ese partido lo dejaron libre. La directiva del club “bicho colorado” se negó a firmar el contrato profesional, por lo que Adolfo tuvo que comenzar a moverse para conseguir equipo.

Allí comenzó su carrera más longeva en una institución: “La mutual de futbolistas profesionales” (lugar al que van a parar todos los jugadores de fútbol que quedan sin equipo, esperando que alguien, algún día, se digne contratarlos).

En la mutual permaneció tres años. No se perdió ningún entrenamiento ni ningún partido amistoso. Pero, como dice el refrán, «no por mucho madrugar amanece más temprano»; ningún equipo lo llamó nunca más.

A los veintidós se dio cuenta de que su sueño de llegar a vivir del fútbol se había transformado en una quimera. Había pasado la barrera de aquellos jugadores mayores de veinticinco que ya no eran queridos por ninguna directiva de ningún equipo por su escaso

valor de reventa, y Adolfo tuvo que tomar la difícil decisión de abandonar su sueño.

Decepcionado, comenzó a trabajar con su padre en la construcción, donde conoció gente nueva. Al poco tiempo se enamoró y se casó con Myriam, con quien tuvo tres hijos; pero nunca, hasta el día de hoy, logró quitarse la espina que llevaba adentro.

12 Cuando se reunían entre los amigos del trabajo a jugar un partido de fútbol, Adolfo se destacaba sobre el resto y ante la usual pregunta: «¿Por qué no seguiste jugando?», siempre contestaba lo mismo: «No tuve suerte, el fútbol es todo acomodo».

Compartió los días con su padre, un viejo albañil que había corrido con idéntica suerte. Ambos odiaban el sistema que había dejado a Adolfo afuera de las canchas y se alimentaban de rencores del pasado.

El papá de Adolfo se llamaba Antonio y lo había acompañado siempre, desde sus inicios, yendo a todas las canchas donde le tocara jugar. Quería que su Adolfo llegara a ser futbolista algún día y que escapara de la realidad que siempre había mandado sobre los hombres de toda su familia. Porque todos, sin excepción, habían tenido que dedicarse a otra cosa por no tener suerte adentro de las canchas.

Todos los Cuevas parecían estar sentenciados a la misma suerte. Todos sin excepción habían abrigado el deseo de ser futbolistas.

Antonio falleció de cáncer cuando Myriam llevaba dos meses de embarazo.

Con la llegada de Andrés, su primer nietito, Delia decidió focalizar la atención en su hijo, su nuera y el

nuevo integrante de la familia. Recientemente enviada, los invitó a que se fueran a vivir con ella en la casa del Prado, en Montevideo, y dejaran de alquilar.

Entre los tres se haría más fácil la crianza del bebe y a Delia le resultaría más sencillo mantener la casa que había heredado.

La llegada de Andresito fue como una especie de bendición. Siguiendo la tradición familiar, por ser varón, su nombre comenzó con la letra A.

Un año más tarde llegó Lucía y, finalmente, dos años después Karina cerró la fila de tres hijos.

Siempre vivieron en la misma casa. El espacio alcanzaba de sobra, y para Myriam contar con la ayuda de su suegra resultaba fundamental.

Adolfo se iba temprano a trabajar y volvía de tardecita.

En el trabajo no hacía otra cosa que hablar de sus hijos, sobre todo del varón. Cuando este comenzó a jugar en el baby fútbol, a Adolfo se le iluminaron los ojos. No paraba de comentarle a sus compañeros cómo le pegaba a la pelota y cómo la llevaba atada al pie.

El exzaguero de Rentistas y Bella Vista había encontrado un nuevo desafío en su vida, una nueva motivación para salir adelante. Era evidente que Andrés había salido bueno para el fútbol; mientras todos los nenes de su categoría corrían detrás de la pelota como en manada y cuando les llegaba le pegaban para cualquier parte, Andrés solía tomar una correcta ubicación en la cancha, le pegaba con las dos piernas, eludía y hacía goles en casi todos los partidos. Era el mejor jugador de la categoría y los padres no paraban de comentarlo, haciendo que Adolfo se sintiera cada vez más orgulloso.

14 Tras el octavo cumpleaños de Andrés, se notaba que el niño perfeccionaba su técnica.

Adolfo estaba deslumbrado con la habilidad que poseía su hijo con la pelota. No hablaba con él de otra cosa que no fuera de fútbol, lo hacía mirar fútbol por televisión, le compraba revistas de fútbol, comentaba las jugadas, le hacía correcciones y le explicaba cómo debía definir, desmarcarse y cabecear. Lo atomizó de tal manera que el niño parecía estar gritando “socorro”, sintiéndose asfixiado por tanto bombardeo futbolero.

Un día, mientras jugaba en la casa de su mejor amigo, el hermano mayor de Javier, «Tucho», desenfundó una guitarra y comenzó a tocar canciones. Tucho hacía muchos años que iba a clases de guitarra pero nunca, hasta ese día, Andrés le había prestado atención.

Mientras los dos amigos jugaban a un juego de mesa tirados sobre el piso del living, el mayor de los dos hermanos se puso a tocar la guitarra en un rincón de la sala. En cuanto Andrés escuchó los primeros acordes, dejó lo que estaba haciendo para escuchar con atención.

La sensación de ver que seis cuerdas bien afinadas podían causarle tanto placer era algo novedoso para él, que nunca antes había tenido un contacto tan directo

con la música salvo por las canciones que le cantaba su abuela antes de irse a dormir.

Javier se hartó de esperarlo. Luego de insistirle por tercera vez para que se moviera, se enojó y salió de la sala.

Tucho terminó de tocar y, al ver la cara de Andrés, le sonrió.

—¿Te gusta?

Andrés no podía contestar. En su casa se hablaba todo el día de fútbol y no parecía existir otra cosa. Ni siquiera había lugar para escuchar música en la radio, ni hablar de tener un instrumento. Para él era como estar frente a algo prohibido, algo maravilloso y mágico.

—Dale, Andy —protestó, volviendo a entrar en el living para concederle una última oportunidad a su amigo—, vamos a jugar.

—La banda se llama Los Abuelos de la Nada —le explicó Tucho, ignorando los reclamos de su hermano— y el tema que estoy tocando se llama “Sin gamulán”.

—¿Lo podés tocar de nuevo?

—Claro.

Javier volvió a dar un portazo.

Ese día Andrés no pudo dejar de tararear la canción de Los Abuelos de la Nada: «Será por eso que hoy estamos aquí, no hay nadie más que vos y yo», y al ritmo de Calamaro comenzó a darse cuenta de algo: la música era divina.

Cuando llegó a su casa, se encontró con su madre en la cocina.

—Mamá, quiero ir a clases de guitarra.

Myriam enarcó las cejas.

Delia se arrimó con intriga. Ella era el único contacto que él siempre había tenido con la música. La que Andrés más recordaba escuchar antes de dormir era la “Canción del Jacarandá” de María Elena Walsh. Cuando era chiquito siempre le pedía que se la cantara una y otra vez hasta dormirse, mientras Myriam se ocupaba de acostar a sus hermanas.

16 —Dale, ma, porfa. Hoy vi al hermano de Javier tocar la guitarra y quiero aprender.

—Yo me encargo —intervino Delia. Madre e hijo la miraron sorprendidos—. Yo te las regalo —insistió la abuela, contenta de que una vez en la vida un hombre de su familia hablara de otra cosa que no fuera fútbol.

Andrés le sonrió y se fue a bañar, sintiendo las notas musicales dentro de su cabeza.